

## **RESEÑA**

**Di Stéfano, Roberto y Zanatta, Loris, Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 2000.**

**Por Jorge Troisi Meleán**

---

Como bien señalan los autores de este libro, gran parte de cuanto se ha escrito sobre la historia de la iglesia hasta el momento, ha nacido de la voluntad de defenderla o atacarla, con poco interés por comprender su desarrollo histórico. Dicha situación, de por sí perniciosa, generó un efecto aún más nocivo: durante un tiempo, la iglesia fue subestimada por los historiadores profesionales, creyendo que su estudio no podría brindar ninguna interpretación útil para entender a la sociedad. En consecuencia, todavía en la actualidad, una obra de una perspectiva netamente confesional, como lo es la del Padre Cayetano Bruno, sigue constituyendo un imprescindible material de consulta para el investigador.

Sin embargo, primero los colonialistas y luego los investigadores del siglo XX, comenzaron a revertir esta orientación, admitiendo la necesidad impostergable de un análisis crítico, racional e imparcial de la iglesia, para alcanzar una mejor comprensión de aquellas sociedades que componían su campo de estudio.

La obra que estamos comentando constituye una acertada puesta a punto de esa renovación historiográfica de doble entrada. Sus objetivos son más modestos que los del Padre Bruno —una extensa obra de doce volúmenes, dada a luz a lo largo de diez años—, pero no por ello menos necesarios: brindar un instrumento de comprensión general de un terreno de investigación de enorme complejidad y riqueza. Desde su propia concepción, entonces, su publicación debe ser bienvenida.

La propia organización del volumen se hace eco de aquella doble vertiente renovadora. El libro está compuesto por dos grandes bloques —de la Conquista a 1830 y de 1865 a la actualidad—, a cargo, cada uno, de un representante de las dos tendencias. En el medio de ambos, un período de transición —entre el fin de la Iglesia colonial y el comienzo de una Iglesia nacional—considerado no sólo desde el punto de vista de la historia eclesiástica sino, sobre todo, del historiográfico, calificado por los propios autores

como terra ignota por la relativamente escasa atención que ha recibido por los estudiosos hasta el momento.

Aunque aquí sólo nos abocaremos al análisis del primero de dichos bloques, cabe señalar que Loris Zanatta, el escritor del segundo —titulado “La Iglesia argentina contemporánea”—, es autor de varias publicaciones, en especial, dos libros, consideradas fundamentales para entender gran parte de la historia argentina de los últimos años.

El autor de la parte del libro que nos compete, Roberto Di Stefano —doctorado en la Universidad de Bologna, donde Zanatta es actual docente—, es quizás una de las personas mejor capacitadas para llevar a cabo la tarea de escribir sobre la iglesia argentina. Amén de su profusa investigación sobre el clero secular —que ha dado como fruto numerosos artículos sobre historia religiosa—, la codirección del grupo “Iglesia Colonial”, coordinado por José Carlos Chiaramonte en el Instituto Ravignani, le ha permitido estar al tanto, leer y analizar una buena porción de los diversos trabajos que investigadores de diferentes universidades han estado realizando últimamente. Gran parte de este libro, entonces, es el resultado de un trabajo de paciente recolección y síntesis de las muchas piezas de un rompezabezas de constante reconfiguración.

Di Stefano divide el bloque a su cargo en dos partes principales, “La cristiandad colonial” y “El largo camino a la unidad” —la mencionada etapa de transición— de siete y dos capítulos, respectivamente. La bisagra entre ambas partes la constituye 1830, un reflejo tácito y tardío del fin del siglo XVIII en la concepción historiográfica ‘hobsbawniana’.

La estructura de la parte colonial combina una perspectiva cronológica a una temática. La elección general de los temas, a pesar de su diversidad, es bastante atildada y abarcativa. Un axioma —“Iglesia y sociedad coinciden, casi exactamente, en un régimen de unanimidad religiosa como el colonial”—constituye el eje a partir del cual se desarrolla el escrito.

A partir del mismo, el autor, en cada capítulo, establece diversas cuestiones deductivamente, en una estructura metodológica que va de la regla al caso. En efecto, el análisis de los dominicos para las órdenes regulares, o el de la reducción “ideal” para las misiones, son desarrollados como ejemplos ilustrativos que le sirven al autor para corroborar las hipótesis antes planteadas.

La lealtad hasta las últimas consecuencias del axioma inicial, le permite a Di Stefano el tratamiento de un objeto de estudio cuya propia delimitación constituye, en sí

misma, uno de los nudos básicos de la cuestión: ¿Iglesia o iglesias? ¿Qué iglesia? Dentro del proceso de romanización y centralización que comienza con el Concilio de Trento de 1545 —“una transformación extraordinaria en lo que hace a la disciplina y la formación del clero”—, el panorama religioso americano colonial, presentaba una multiplicidad de factores —entre los cuales los de carácter espiritual y los político-religiosos constituyen sólo dos ejemplos—, a los que el autor debe abordar a partir de un estudio de varios niveles de análisis, que le permiten la aprehensión y comprensión del complejo problema.

El relato histórico comienza a partir de la conquista, describiendo las inmensas dificultades de trasplantar una iglesia tridentina, acomodada a las características europeas, a una coyuntura completamente diferente, que exigía una adaptación desde la propia herramienta básica de transmisión del mensaje religioso —el lenguaje— hasta la necesidad del estado de sedentariedad en el receptor aborígen, sin el cual ninguna estrategia misional podía tener éxito.

La llegada de los jesuitas a fines del siglo XVI, cargada de dinamismo, revitalizará el empuje pastoral en el Nuevo Mundo. Como no podía ser de otra manera, casi tanto por su ausencia como por su presencia, los jesuitas cumplen un papel protagónico en esta parte de la obra. Dos capítulos, el IV y el V, son dedicados casi íntegramente a su actividad misional —“una de las experiencias de mayor envergadura en la historia del cristianismo”— y a la educativa —formadora de las élites coloniales americanas. El entramado político económico y social no sólo de la iglesia sino más bien de toda la colonia, está atravesado profundamente por los jesuitas. Su actuación mucho antes de su expulsión —debidamente aquí tratada—, polarizaría a toda la sociedad.

El clero secular —los clérigos— y el regular —los religiosos— son analizados en el capítulo III, en su propio seno y en la relación entre ambos a lo largo del período. En ese contexto, se verifica una crisis del clero regular, de mayor disponibilidad inicial por su composición y organización para acceder a ligares desoladores, hacia el último cuarto del siglo XVIII, cuyo número comienza a decrecer irremediable y drásticamente, al tiempo que el secular evoluciona cuantitativamente. La crisis del primero ponía en marcha una reforma conventual, iniciada por los Borbones, que tendrá su continuidad —Revolución de Mayo mediante— en la reforma rivadaviana. Lo que fue considerado por algunos como un ataque a la iglesia, en especial por David Brading, es apreciado por Di Stefano sólo como una modernización que no admitía a un clero regular, considerado como rémora medieval y símbolo del atraso.

Los capítulos V, VI y VII —especialmente los dos últimos—, se dedican al proceso que abarca desde mediados del siglo XVIII a 1830, cuando diversos factores, el más destacado de ellos la ilustración, comienzan a cambiar la fisonomía de la iglesia colonial —desde lo institucional hasta sus formas de devoción— cuya entrada al siglo XIX, la encontraría contrariada en una profunda crisis medular.

Al mismo tiempo, a medida que cobraba relevancia la otrora marginal iglesia rioplatense -dentro del contexto del fenómeno descrito por Halperin como el “ascenso del litoral” -, entraba en crisis el sistema de patronato, agudizando el eterno conflicto entre poder civil y eclesiástico.

El proceso revolucionario tropezó, entonces, con una iglesia de múltiples conflictos, acentuando, y no desatando, un colapso del régimen de cristiandad basado en la relación simbiótica entre poder eclesiástico, poder político y sociedad civil.

El nuevo universo de valores se manifestaba de maneras diversas, produciendo, por caso, el avance de la carrera militar en detrimento de la sacerdotal, que sufrió una caída sustancial de las ordenaciones.

La guerra revolucionaria, finalmente, derrumbó las instituciones eclesiásticas, en tanto, la falta de poder central consolidado hizo resurgir los problemas vinculados al patronato.

La relación con Roma de los gobiernos ahora independientes se procuró resolverse a partir de una fórmula que podría sintetizarse: “en comunión con Roma sí, sujetos a Roma no”. Las relaciones directas, aunque complicadas, se establecerían en 1830, pero no sería hasta 1860, con la fundación del arzobispado de Buenos Aires, cuando pueda comenzarse a hablar de una verdadera iglesia nacional. Las características de esta nueva estructura encontrarían a un catolicismo modificado, que deberá empezar a pensarse no ya como la totalidad de la sociedad argentina sino como una de sus partes.

Aunque escrito en primera persona, el texto es el resultado de muchas horas de trabajo de varios investigadores que han estado corroyendo, lenta e incansablemente, las visiones idealizadas de la actuación eclesiástica. Es por ello que Di Stefano, un atildado conocedor del clero secular y su funcionamiento, incorpora al texto principal los estudios de María Elena Barral, Jaime Peyre y Carlos Mayo —en especial, la primera— cuyos aportes en el estudio de los regulares y el estado religioso en el campo rioplatense — bastante lejano para los clérigos—, resultan ineludibles.

Paralelamente, seguramente como reflejo de que la mayor parte de los nuevos estudios sobre iglesia están orientados hacia el Río de la Plata, podría objetársele al autor una mayor inclinación a mirar el proceso desde esta región, que desde el resto del país. Como consecuencia de este enfoque desde Buenos Aires, siempre más abierta al cambio por su propia condición portuaria, se estaría predisponiendo a destacar más las transformaciones que las persistencias religiosas.

Asimismo, algunos temas como la posesión de esclavos o las actividades económicas del clero regular, recibieron poco tratamiento. Los motivos de tal ausencia deberían buscarse entre la falta de espacio y la propia naturaleza de los mencionados temas, que han generado muchas veces polémicas estériles. Si bien es cierto que esta obra fue proyectada para superar estas polémicas —objetivo sobradamente cumplido—, es por ese mismo motivo que esas cuestiones debieron ser más profundamente analizadas.

Por lo demás, el trabajo constituye un estudio honesto que cumple tanto con los objetivos planteados por el autor como con las consignas de la colección a la que pertenece: ser útil a historiadores y a público especializado.

Con una erudición implacable, conceptos como ilustración, “ilustración católica”, modernidad, jansenismo, galicanismo y otros, son tratados con profundidad sin perder claridad, abordados histórica y filosóficamente en toda su complejidad y contradicción. La precisión conceptual y la terminológica se alzan como dos de las virtudes más acabadas de la obra.

Aunque no haya una profusa utilización de nuevas corrientes historiográficas, el autor, sin embargo, no tiene ningún temor de utilizar fuentes literarias o pasajes bíblicos como fuente de conocimiento histórico. Todo ello acaba por resultar en un texto que tiene la virtud de presentar a cada uno de los actores del período colonial, dentro de su propia lógica y con comportamientos racionales.

Un párrafo aparte merece el ensayo bibliográfico fruto de un rastreo muy minucioso, que con la sola excepción de la parte correspondiente a la Compañía de Jesús —que no guarda correspondencia con su importancia en el texto principal— presenta un actualizado y extenso y panorama, que ofrece variadas sugerencias para la continuar la lectura.

En definitiva, la obra constituye una síntesis imprescindible para todo aquel que quiera adentrarse en la comprensión histórica de la iglesia y un muy provechoso libro de

consulta para todo especialista colonial, que le brindará el contexto filosófico y conceptual de la institución de papel más determinante de todo el período.